

como una calamidad que afectaba sólo a las clases bajas, Luis XIII, prematuramente calvo, usó peluca y con ello implantó una nueva moda: la peluca empolvada del siglo xvii.

En nuestros días la actitud frente a la calvicie ha cambiado enteramente, pues hay la superstición de que una cabeza calva tiene siempre la obligación de pensar, lo cual no es verdad. El «Club de Calvos de América», que se vanagloria de haber contado entre sus miembros a William Howard Taft, a William Jennings Bryan, al orador Nicolás Longworth y a Chancey Depew, tiene sucursales en treinta y siete Estados y se hace llamar «el club más festivo de América». A la postre, lo festivo consiste en que la despreocupación por la alopecia senil—la calvicie que da pie a todo género de chascarrillos—obedece más bien al hecho de que el mal es incurable, que a la falta de esfuerzo y de interés por remediarlo.

Lo primero que nos preocupa, al atacarnos este mal, es la facilidad con que se nos va el cabello. Cada día se va teniendo menos, hasta que queda el casco terso. La opinión autorizada difiere en unos cuantos millares acerca del número de cabellos que tenemos al principio, fijándolo en 88,000 para los de pelo rojizo; 102,000 para los de pelo negro y 140,000 para los de pelo rubio. Un cabello puede durar de seis meses a dos años, en cuyo término se cae durante la primavera o el verano, época en que se muda el tegumento exterior o sus pertenencias. Normalmente, un nuevo cabello lo va empujando y lo reemplaza; pero cuando la reposición no se efectúa, sobreviene la calvicie. Generalmente, en los casos de calvicie natural, el cabello comienza a adelgazarse a los treinta años. Si ello ocurre antes de los treinta, la calvicie debe considerarse prematura y no senil.